

JOSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI. *Don Catrín de la Fachenda y Noches tristes y día alegre*. Edición de Rocío Oviedo y Almudena Mejías. Madrid: Cátedra, 2001 (Letras Hispánicas 515), 239 págs.

Nunca le hubiera pasado por el magín, según expresión muy suya, que, desde las lejanas tierras de Madrid, un par de mujeres cultas, tan educadas como lo fueron sus amigas que cantaban en el teatro Coliseo, espieran sus textos con un lente de larga vista (no un telescopio, sino un objeto mágico que les regaló algún chamán). Cómo se le pudo ocurrir a quien se llamó a sí mismo “autor segundo”, y esto es decir que no tuvo interés de pasar a la posteridad envuelto en el aura de escritor genial, promesa que desgasta esta de la fama porque, desgraciadamente, no quita el hambre a los vivos, aclaró. Cómo podría imaginar que lo espaban de lejos, si el público a que destinó sus “papeles” fue el “pueblo”, es decir, los estratos pobres y analfabetos de la Nueva España, que en los años diez y veinte del siglo XIX vivía las consecuencias de una enconada guerra por liberar a la América Septentrional. Y éste fue el nombre que usó para designar la actual República Mexicana, porque en aquellos momentos el apelativo de Nueva España le resultaba insatisfactorio. Rocío Oviedo y Almudena Mejías detectan quiénes fueron sus destinatarios en una marca significativa en *Don Catrín*: la ausencia de descripciones sobre los lugares donde transcurre la acción. “México se define por los lugares citados [...] sin necesidad de preámbulos” (p. 22). Para qué perder el tiempo en tales minucias, pensó Lizardi, si los escuchas de su oferta escritural los conocían en detalle. Bastaba con nombrarlos. En contraste, otro fue el público que tuvo en mente para *Noches tristes y día alegre*: el narrador se detiene a pormenorizar el entorno o ambiente. Me pregunto si la destinataria de esta última novela fue Dolores Orendáin, su mujer.

Y en el anterior párrafo he hablado de José Joaquín Eugenio Fernández de Lizardi Gutiérrez (1776-1827), conocido por el seudónimo de El Pensador Mexicano, nombre de su primer e incendiario periódico. Se trata de un prolijo autor de folletos y periodista de vocación (nueve de los catorce tomos de sus *Obras* editadas por la Universidad Nacional Autónoma de

México lo prueban). Escribió acosado por una censura eclesiástica y civil que lo volvió un asiduo huésped de las cárceles y un excomulgado *vitando* (anatema que se le fulminó en 1822). Nótese que habló claro para sus contemporáneos, con la “verdad pelada”. Nosotros, autores diferidos, hemos de leerlo retroactivamente: sus últimos escritos confiesan la intención de los anteriores, impresos después de pasar bajo el lente de los censores, generalmente miembros activos de la Inquisición. Y además hemos de ubicar sus obras dentro de su contexto que, en su Introducción, las editoras analizan en los apartados “La época” y “La descripción de la sociedad”.

Lizardi tomó la inusual o extraña iniciativa de ser escritor, y sólo escritor. Por el éxito que alcanzó, la envidia de los escritores “cultilatini-parlos” estalló como cohete en fiesta de pueblo. Tan egregios autores, al menos así se presentaron en los proscenios de la cultura, se consideraban herederos de Grecia y Roma. Se imaginaron en el Monte Parnaso, a la sombra de Apolo, abanicados por musas susurrándoles al oído acudidos geniales, y en medio de colegas, con quienes formaron la sociedad de elogios mutuos. En su vida cotidiana, estos versificadores se ocupaban en quehaceres económicamente redituables. El anormal (o fuera de la norma) Pensador Mexicano hubo de pagar la impresión de sus textos. Mala elección: murió más pobre que una rata. Sus ocasionales folletos, poesías y fábulas sueltas u obras dramáticas, se expendían en las alacenas de la Plaza Mayor de la Ciudad de México, y a gritos las mujeres y los chiquillos voceaban los ingeniosos títulos de sus “papeles”. Los seriados, necesitaron subscriptores. La novela estructurada por entregas *Vida y hechos del famoso caballero Don Catrín de la Fachenda* no los obtuvo. Quedó guardada en la gaveta de algún escritorio. Mala suerte que, de seguro, permitió a nuestro autor depurar este diario pedante y ampuloso dictado por un pobrete de espíritu y riquísimo en ínfulas.

Defensor apasionado de la libertad de imprenta, cuando fue suspendida, entre otros motivos porque le cantó las verdades al tirano virrey Francisco Javier Venegas (quien contó con una multitud de títulos que puestos uno junto a otro ocuparían media hoja de esta reseña) y le pidió que derogara un bando en que daba injerencia a los militares en el enjuiciamiento de los curas levantados en armas, Lizardi decidió abocarse a escribir novelas, las cuales, embozadas tras la máscara de la ficción, pasarían más fácilmente ante el escrutinio de los censores. El artilingio fue inteligente. Los relatos o *mythos* han sido el medio ideal para que los mensajes queden fijados en la memoria de sus escuchas o lectores. Son un medio para hacer valer el *sensus communis*, definido por los estoicos romanos y por Juan Bautista Vico como la tendencia comunitaria que cimienta sanamente las organizaciones humanas.

Rocío Oviedo registra un antecedente de las novelas lizardianas, hasta ahora reconocidas como las primeras de América, o, al menos de Nuestra América, la que abarca desde el Río Bravo hasta la Patagonia e islas adyacentes. La narrativa formaba parte, dice, de las crónicas. Ejemplifica con varias. Agregaré otro caso accesible a la otrora llamada eufemísticamente Provincia Autónoma de la Nueva España: la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz de Castillo, el soldado que azorado vio la Gran Tenochtitlan, ombligo de Mesoamérica, bajo el lente de las novelas caballerescas.

Antecedentes hubo, pero sólo al orate, con la cabeza llena de viento, Pensador Mexicano le llegó el acudido de redactar novelas que sacudieran a los escuchas de su tierra, a los habitantes del “Planeta Ovejo”. Dije escuchas porque uno leía y el resto escuchaba. Henos, pues, con un planeta repleto de analfabetos que, no obstante, supieron pasar el tiempo oyendo al otro, dialogando con letras escritas en folios impresos en cuarto u octavo. Los autores desarticulados de su realidad fueron incapaces de pormenorizar qué pasaba en las residencias de los marqueses, donde en aquel entonces “más era el ruido que las nueces”, o en las vecindades humildes y casas de juego, los prostíbulos y las iglesias.

Fernández de Lizardi luchó proféticamente por un mañana más justo. Su compromiso ético-político se inició denunciando los males que aquejaban al Reino. Los vislumbró como males porque tuvo en mente que la población de la Nueva España (donde las distancias entre las clases eran abismales, las mayores del mundo en apreciación de Alejandro von Humboldt) acabaría igualada en una pujante clase media, no enajenada en los lujos y la ociosidad de los ricos, ni en la agobiante miseria y falta de acceso a las instituciones educativas. Tal fue la quimera ilustrada de los revolucionarios de aquel entonces. Creyeron que la racionalidad del libre mercado (ayudada con las intervenciones de un Estado benefactor, a juicio lizardiano) terminaría precisamente con las clases. Armado con estos ideales, Lizardi hizo una sátira paródica de la nobleza de pacotilla, a saber, los catrines, o bien vestidos, y fachendas, o vanidosos, que infectaban una sociedad donde intermitentemente las hambrunas y pestes diezmaron a las poblaciones.

Los catrines fueron nobles “por pasiva, por activa y por impersonal”. En concreto, Don Catrín fue hijo clandestino de un “título” nobiliario, adquirido en tiempos de la Conquista por alguna “fazaña” que después de trescientos años era considerada ya como un crimen de lesa patria. Los catrines fueron vagos irredentos y tunos a toda prueba. Los descriptores de las horas y duración de las acciones son el medio con que El Pensador enfatiza su ociosidad (tan criticada por humanistas como Mi-

guel de Montaigne y Francis Bacon, entre otros), afirman con precisión (p. 22) las editoras de esta novelita.

Desde fines de la etapa señorial en Europa, y en los siglos XVIII y XIX en América, las ciudades funcionaron como los centros a donde se desplazaban los marginados. Poco a poco fue incrementándose el número de marginales que las poblaban. De entre éstos nacieron los lumpen o desclasados como El Periquillo Sarniento. Como si este hecho no fuera suficientemente nefasto, también abundaron los lumpen con pretensiones de nobleza, quienes hablaban constantemente de que sus ejecutorias o su sangre fina los acreditaba como patriarcas de las Indias. Discurso que reducía la organización social a un asunto de morcillas de buena o mala calidad. Unos, los lumpen, y otros, los catrines, supieron encontrar el modo de sobrevivir o “almena de qué colgarse”, y supieron aprovecharse de una flagrante corrupción fomentada por los dueños del capital, quienes, para facilitarse la vida y marcharse pronto a Europa con los frutos de América, no dudaron en “untar la mano” según sus conveniencias. Desgraciadamente la epidemia se extendió hasta ser el *modus vivendi* de comerciantes, abogados, médicos, políticos... La generación de catrines afectados por las modas que, forzando el término llamaré lumpen nobleza, tuvieron acceso a las mansiones palaciegas, aunque sus dueños los aborrecieron, lo cual se explica porque en la figura de estos vanidosos pobres vieron una despiadada caricatura del destino que les esperaba: en su casa, también, no había qué comer ni beber, y todo se les iba en reuniones con aire, y sólo aire, de francachelas. El personaje no perteneció, pues, a la clase media como suponen las editoras.

Rocío Oviedo y Almudena Mejías filian a *Don Catrín* en la picaresca, en el realismo y en el barroco, lo último por la mezcla de géneros y los cervantinos juegos de autores. Se detienen en la macroestructura y microestructura de la novela. La descripción lineal, cronológica, como si fuera la corriente de un río al que se arroja una piedra, se extiende también en círculos, más o menos concéntricos, que retratan a las clases y sus fracciones.

Novela corta, depurada, sazónada con una salsa hecha con un léxico popular y salpimentada con refranes, dichos, dicharachos y también con dejes estilísticos de los Siglos de Oro y con giros dialectales arcaizantes, como aquella fórmula con que se despedían los dominados del amo: “Le saluda su seguro servidor que besa las manos de su merced”: colonia eres, y colonizado seguirás, a menos que te rebeles a tu condición de oveja o “máquina semoviente”, predicaba nuestro amante de la “verdad pelada”, sin afeites, dicha a boca de jarro.

El libro en cuestión es una edición cuidada. Se ha modernizado (no queda de otra: los impresores echaban a perder los empeños para hacer

bien su oficio que se tomaban los autores). Lleva notas al pie de página y registra variantes entre las ediciones que Oviedo y Mejías cotejan entre sí.

Las *Noches tristes y día alegre* es el anverso de la moneda de *Don Catrín*: una novela romántica, melosa, sentimental, que describe una naturaleza embravecida, turbulenta y a un personaje magnánimo, virtud que nunca conoció el amoral Catrín de la Fachenda. El sombrío panorama nocturno, que se prolonga en cuatro, desemboca en el claro día, a saber, cuando el protagonista se encuentra con una mujer buena, complemento, pareja, no rival. Una mujer amable o digna de ser amada. En México, el romanticismo se entregó a la labor fundacional de la nación mexicana. Esta novela lizardiana, empero, tan sólo perfila vagamente un matrimonio ideal bien avenido mediante un “didactismo” mal pergeñado, obvio, redundante. Me sospecho, repito, que esta obrita la escribió para su mujer. Estando en la cárcel Lizardi, Dolores Orendáin parió a la hija de ambos. Después de muchas súplicas, obtuvo el nuevo padre un corto permiso para salir y contraer matrimonio. Dolores quedó mal a consecuencia de un “sobrepardo”. Nada de extrañío tiene que la esposa de esta novela muera a resultas de una cesárea, operación en la que el narrador se detiene morosamente. Su angustia se trasluce, porque ninguna o casi ninguna mujer se salvaba.

Las editoras ponderan la ironía, la sátira, la “broma ligera” y, en general, el corrosivo humor lizardiano, tan próximo a Quevedo, Cervantes y Francisco de Isla, que sienta sus reales en *Don Catrín*, y que, lamentablemente, brilla por su ausencia en *Noches tristes*, escritas bajo la égida de Cadalso.

Haciendo gala de una investigación acuciosa, Rocío Oviedo y Almudena Mejías rastrean el marco de influencias en las novelas lizardianas, y hacen un recuento de los estudios actuales que se han publicado. Comparan *Don Catrín* con *El Periquillo Sarniento* y con *La educación de las mujeres o La Quijotita y su prima. Historia muy cierta con apariencias de novela*. Se ocupan de textos y contextos, del periodismo lizardiano, de la picaresca, así como de la ideología reformista de El Pensador, de su inesperado feminismo en una época tremendamente represiva, y de su utopía. Merecen alabanzas. Discrepo, empero, del párrafo final. Se trata de un juicio global poco matizado, lanzado al aire desde la posición de lectoras que dictan sentencia inapelable en tono de perdonavidas: “Inevitablemente Lizardi se encuentra a una distancia inconmensurable de la calidad que posteriormente alcanzará la narrativa, pero mantiene el valor de haber iniciado un camino y haber recogido una tradición heredada de la crónica que orienta el relato de la literatura hispanoamericana hacia su independencia” (p. 44). Quien mide compara, y quien compara debe ha-

cerlo con elementos comparables. Quizás entonces podría deshacerse este enredo de una medida de valor que, paradójicamente, es inconmensurable y distanciada. Quizás la literatura hispanoamericana siempre fue única, independiente. Unos textos nos gustan. Otros, no. Porque, como bien dijo Lizardi parafraseando a Francisco Javier Lozano : “Por más que lo investigo yo no sé, / si en todo el mundo universal habrá, / un ingenio a manera de maná, / que a todo paladar gusto le dé”.¹ Este parrafito sobre lo “inevitable”, sobre una narrativa “buena”, supongo que de 1811 a 1827, no pasa de ser un pelillo en la sopa o, mejor, en el cocido madrileño-mexicano que dos mujeres laboriosas nos entregan para que lo disfrutemos. Auguro buen éxito a esta edición de dos textos escritos por un “loco cuerdo” americano que, empuñando su péñola, se lanzó a “desfacer entuertos”. Para que el lector disfrute este manjar, termino esta reseña con un “Envite” lizardiano para que todos se animen a meterse en la gatera: “La sátira es del error / justo azote cada rato, / ella es mi gustoso plato, / que hay mucho que corregir. / ¡Qué tall!, ¿empiezo a escribir? / ¿Compadrito, suelto el gato?”²

MARÍA ROSA PALAZÓN MAYORAL
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

¹ *Conversaciones del Payo y el Sacristán*, tomo I, núm. 19 en *Obras V-Periódicos. El Amigo de la Paz y de la Patria, El Payaso de los Periódicos, El Hermano del Perico que Cantaba la Victoria, Conversaciones del Payo y el Sacristán*. Recopilación, edición, notas y Estudios Preliminar de María Rosa Palazón Mayoral. México: Centro de Estudios Literarios, 1973 (Nueva Biblioteca Mexicana, 30), p. 210.

² *Obras I-Poesías y fábulas*. Investigación, recopilación y edición de Jacobo Chencinsky y Luis Mario Schneider, Estudio Preliminar de Jacobo Chencinsky. México: Centro de Estudios Literarios, Universidad Nacional Autónoma de México, 1963 (Nueva Biblioteca Mexicana, 7), p. 245.